

ALMAIDA DE ETREMONT  
Ó LA HISTORIA  
DE UNA MUCHACHA APASIONADA

A ALMAIDA DE ETREMONT

*¿Por qué razón y misterio has venido  
á sentarte á mi lado?*

*Dime ¿por qué tu gracia antigua y  
tus negros arrepentimientos me turban  
y me recuerdan una tempestad lejana?...  
Y ¿por qué, yo sólo, te distingo en lo  
pasado?... Y ¿por qué sufro tal dolor,  
cuando, con tus ojos de sombra hundi-  
dos para siempre en los míos, pareces  
echarme en cara, con una amargura y  
un amor inmensos, una falta que no sé  
cuál es?*



I

**A**LMAIDA DE ETREMONT de  
codos en el banco en que  
está sentada, no puede  
disipar su tristeza que au-  
menta la languidez de esta triste y  
antigua tarde.

La sombra en el cuadrante de  
pizarra, irisado por el sol, marca las  
tres. Todo contribuye a la melanco-  
lía de esta alma ensombrecida por la  
nostalgia de un sueño mal vivido.  
¡Ah! ¿por qué da tal asco á la mu-  
chacha el perfume de la pompadura?  
Sin embargo, su aroma raro le gus-  
taba en los días en que, con sus ami-  
gas de la niñez jugaba al marro en  
la alameda tenebrosa.

¡Oh tiempos lejanos! Nada queda ya de los días de vacaciones largas empurpuradas por las agonías solares del Otoño. ¡Oh Almaida de Etre mont! ¿Evocas hoy, en el hosco ensueño de este mediodía, los follajes que, de año en año, extienden una sombra más solemne sobre la arena de los patios de recreo? ¿Vuelves á ver lo sentimental que eras ya, cuando en los días de reparto de premios te escogían para que fueras á recitar, entre el perfume piadoso de las guirnaldas frescas, la elegía compuesta por tí? ¿Piensas en los funerales de tus padres? ¿O te acuerdas de aquella compañera adolescente, á quien llevó á morir una demencia ardiente y pura? ¿Rememoras que, por aquella Clara de Ellébeuse, la campana lloró en el aire líquido y que una procesioncita blanca, de la que formabas parte, se mecía como un ejército de azucenas en el cementerio lleno de llamas?

¡Desde aquella, cuántas tardes pasaron! Almaida de Etre mont tiene veinticinco años. Conoce la soledad y la sombra que los muertos extienden sobre el césped en donde fueron.

Los días monótonos huyen sin ninguna distracción para la huérfana que se ha quedado sola en esta posesión demasiado vasta, frente á un tío anciano, impedido y taciturno. Ningún peregrino se ha parado á la verja, una tarde de mayo, para coger, en el perfume de las lilas negras, esta paloma, desposada. Es inútil que Almaida, sentada junto al estanque, aceche la carpa legendaria que ha de traerle, de las profundidades glaucas, el anillo nupcial. Nada responde á su ensueño sino el clamor de los pavos reales posados en el luto de las encinas. Y nada consuela su meditación, sino su meditación. Y nada se posa en su boca más ardiente que un fruto de la pasión, sino el viento sediento que sopla en los labios de carne de los castaños de Indias.

Sus ojos no tienen candor, sino una cálida y altanera melancolía, un chorro de luz negra, sobre la nariz movable y delgada. Y sus mejillas y su barbilla forman un arco de tal perfección y plenitud que todo beso quisiera romper su armonía. De un sombrero grande de paja, adornado

con adormideras de los trigales, caen los cabellos en *arrepentimientos* obscuros sobre el redondo resplandor de los hombros. Y todo el cuerpo no es más que una gracia perezosa que se dobla sobre este banco del que la mano de Almaida deja caer una misiva.

... Es una carta de Leonor de Percival, una amiga del colegio á quien ha vuelto á ver algunas veces, que le da parte de sus desposorios y la convida á su boda:

«¡Oh Almaida!—le escribe—sentía que mi corazón iba á estallar... Nunca había encontrado tan hermosa la Primavera como este año... Quizá el cielo, para darme un presentimiento de mi alegría, quiso adornar más aun á la Naturaleza... Nunca la pradera tuvo tal encanto, y las siringas, cuando rozaban mis bucles, exhalaban un perfume que me hacía desfallecer. ¡Oh Almaida! Rezo á Dios por tí, para que te envíe una embriaguez semejante. Si supieras... La otra tarde, mientras me paseaba del brazo de mi prometido, un ruiseñor se puso á cantar... Yo sucumbía. Me parecía que mi pecho iba á

romperse y que una vida nueva se levantaba dentro de mí... Cuando me encontré sola en mi cuarto, me sentía tan movida de gratitud para con el cielo, que me comparé á las lámparas del santuario que no saben más que consumirse por Dios. Comprendí en el momento aquel que si la Providencia no me hubiera enviado á Renato, hubiera dejado el mundo para vivir en la exaltación divina de los Desposorios Eternos. ¡Oh Almaida! Ruega por mí. ¡Y que felicidad semejante te inunde!... Si me hubiese muerto... ¡ah! él debiera haberte escogido...»

—Leonor es feliz—se dice Almaida... ¡Qué egoísta es el que no padece! Despliega su alegría á los ojos de los abandonados... Yo, me quedaré sola. Envejeceré esperando. Cada día del calendario será semejante al otro...

¡Pobre Almaida! Tiene los ojos hinchados de lágrimas, la garganta contraída. Extiende el brazo, coge una rosa y la besa tristemente, como si la tomara por testigo de su dolor.

Luego, levantándose:

—Vamos — piensa — huyamos de estos lugares desolados.

Sale del parque á la hora del poniente, cruza la aldea en donde sólo se escuchan los repiques de un martillo de herrería.

En el rincón más secreto de un «*Valle dichoso*» es en donde se alza la quinta de los de Etremont. En este país, la esmeralda argentina de las praderas, el agua azul del cielo y la verde claridad de los picos, engastan alternativamete la nieve de los rebaños y de las cascadas, las leonadas cosechas del estío y las hayas rojizas del pomposo Otoño.

Tan pronto, al subir los primeros contrafuertes de la montaña primaveral, la pensativa Almáida coge á sus pies la genciana vernal ó el narciso, como, errando por la llanura, entra en las cunas azules del estío, llega á algún manantial y se sumerge en él.

Así, esta tarde, huyendo de sus pensamientos hoscos y del agosto abrasador, llega á los bosques de las Aldudes. Conoce sus senderos discretos. Allí iba á sentarse, de niña, y su madre, que era española y de la

familia de Alcaraz, le contaba leyendas de Granada, exaltándose ella misma al recuerdo.

Su madre había muerto cuando Almáida tenía trece años; y la muchacha evocaba la capilla ardiente en donde su padre la recibió en los brazos, cuando volvió precipitada del convento, el lecho fúnebre en que Guadalupe de Alcaráz descansaba vestida de blanco y compuesta como una Virgen de Almería.

Y desde entonces, una fatalidad había gravitado sobre las tierras. El señor de Etremont perecía, algún tiempo después, en un hospital de alienados en donde habían tenido que recluirle, encargándose de la tutela de su hija un tío suyo, impedido y taciturno, que sacó provecho administrando los bienes de su sobrina y alejándola del mundo todo lo posible.

... Almáida se hunde cada vez más en el bosque de las Aldudes. Su vestido de tul blanco ondula al céfiro que se levanta á la puesta del sol. Llega junto al agua, se despoja de sus vestidos y, encantada, se sumerge en la hondura más escondida del

riachuelo. Ve, ante el temblor de sus piernas encantadoras, lucir los reflejos blancos de los albuces espantados. Se estremece poco á poco, temerosa de entrar de pronto en la frescura verde y líquida en donde se mueve la sombra de los alisos. Pierde la respiración y los hombros le tiemblan cuando se baña todo el cuerpo. El silencio reina en el agua.

Sentada sobre las guijas, saborea el gozo de sentirse lejos de la quinta detestada, lejos del parque donde toda flor le parece triste. Con frecuencia va así, al caer el día, á estrechar sobre su seno pulido y redondo la dulzura de las aguas. Sabe que nadie pasa por aquellos retiros. Y además, nunca la espantó un pudor extremado. En el convento la reñían por correr risueña y poco vestida por medio del dormitorio.

Pero esta tarde, mientras se columpia en sus ensueños y se distrae viendo zozobrar en la corriente la carta exaltada de Leonor, oye un ruido al borde del riachuelo. Mira, hundida entre las hojas...

Es un pastor de unos quince años, desnudo el torso, recogido sobre los

muslos el pantaloncillo de tela azul, que pasa por el vado, antecogiendo dos cabras. Desaparece sin advertir á Almaida, pero ella se sonroja de haberle visto.

De vuelta en su casa, aquella noche, se siente turbada por una cierta tristeza febril y se acuesta bastante temprano, después de saludar á su tío que no baja de su habitación para tomar las comidas y se queda todo el día tendido en ella. Almaida no puede dormir. Piensa en el agua dorada por la sombra, en la carta de Leonor que el agua hundía y levantaba al arrastrarla, en los albuces vivos, en el pastorcillo que pasaba el río... ¿Irá con frecuencia por allí? Hasta entonces, Almaida no le había encontrado nunca. Que guapo es, aquel chico... Silbaba bien y sus dos cabras eran negras...



## II

**L**OS domingos por la tarde, Almaida de Etremont, gusta de asistir á las danzas que los habitantes de la aldea forman en derredor de la antigua iglesia. Pastoras y pastores hacen, en tal día, un lento redondel. Las muchachas llevan el capuleto de Ossau, de color de sangre, y los pechos se abultan bajo el chal que tiene bordadas la espiga del trigo y las flores azules y rojas de las cumbres. Visten el traje negro con bandas de azul celeste que va levantado por detrás é imita las alas bordadas de cielo de las mariposas. Y, lentamente, el redondel da vueltas, tan



lentamente, acompañado de tan lenta salmodia que todos parecen dormirse de languidez á su canto. Estos montañeses tienen fisonomías tan quietas como las cosas. Sólo sus ojos, que semejan ágatas, son indicio de una vida poderosa y dulce.

Mientras Almaida mira la evolución de la ronda y oye los cantares tan tranquilos, tan desolados que nada puede reflejar su tranquilidad y su desolación, reconoce al pastorcillo que la víspera iba antecogiendo á través del agua dorada, las dos cabras. No sabe quién es, aunque conoce de hace tiempo á la mayor parte de los que están allí... Este niño es encantador, se dice. Y sonríe al ver lo gravemente que baila, dando la mano á dos guapas chicas de mejillas semejantes á manzanas de fuego cubiertas de rocío. Almaida se divierte mucho al pensar que le vió ayer, recogidos los pantalones, casi tan desnudo como un perrillo, recién nacido, de pastor, y que le encuentra hoy de nuevo, vestido del paño de los pastores, acomodando su andar y su voz á la salmodia quejumbrosa.

—¿Quién eres, chico? ¿De dónde eres? ¿De quién eres?

—Soy Guillermin, de casa de Arramím, señorita.

—Pero, ¿en dónde estabas? No te he visto nunca en el pueblo...

—He vuelto para substituir á mi hermano que se ha ido.

—Pero ¿en dónde estabas?

—En el valle de Gavarnie, señorita.

—¿Qué hacías allí?

—Trenzaba cuerdas para sandalias y aprendía el oficio de guía con mitío.

—Eres demasiado joven para la montaña. ¿Qué edad tienes?

—Diez y seis años, señorita.

La fisonomía del muchachillo se queda tranquila. No le intimidan las preguntas. Tiene bonita figura, tersa como leche cuajada, ojos parecidos á moras, dientes tan blancos como los de un lebrato, labios de madre selva sonrosada.

Su madre se acerca á Almaida:

—¿Habla con mi chico, señorita?... Guillermin, quitate la gorra... ¿No le conocía?...

—No... Déjele que vuelva al baile. Es un guapo chico.

—Guapo, sí, señorita. Pero no siempre bueno. Y además me da risa verle bailar de ese modo con aquellas *cabritillas* que son mayores que él. ¡Qué atrevido!

La ronda y la melopea vuelven á empezar, se desposan con angélica dulzura. Como incienso, suben las voces hacia la montaña purpúrea. Es el momento en que se dora como una fruta ó como una iglesia, en que el resplandor vinoso del sol se arrastra sobre los rododendros y las gayombas, ó se disipa en sombras confusas el azul del cielo nocturno de los abetos.

Almaida de Etremon t regresa á la quinta hosca, llevando en el fondo del corazón el pesar de no haber tomado parte en los goces de los sencillos montañeses. ¡Ay! ¿por qué no es pastora? ¿Por qué no mora al pie de la quebrada en donde tiemblan las hepáticas azules, en la cabaña de aquellos pastores? Llenaría en el manantial verde el cántaro, que, en verano, rezuma. Cultivaría en el jardín aldeano, las azucenas, los romeros y las cebollanas. Ya no la despertaría la llamada fúnebre de los

pavos reales, sino el grito lleno de sol del gallo. En la estación, iría á la montaña, todos los días, á llevar la comida á su hermanillo. Los dos morderían los madroños. Oirían el reir de las fuentes. Besarían los labios de los rododendros. Beberían el agua bendita de las peñas. Guiarían, con sus varas verdes, la nieve de los corderos, hacia los pastos floridos. Oirían las campanas roncacas del rebaño tocar en la elevación...

En lugar de esto, tendrá que volver como de costumbre á la quinta, padecer el asco monótono de su vida sin esperanza. ¡Pobre Almaida! Entre dos tristes servidores y su deudo exigente y maniático, es prisionera de unas tierras malditas. Como la hermana Ana en lo alto de la torre, no divisa más que el polvo levantado en el camino por las ovejas resignadas. ¡Nada más! Ni siquiera, tal es su tristeza, el deseo de fijar en el papel, como antiguamente lo hacía en el convento, las expresiones de su melancolía.

Se pone á soñar, una vez en su cuarto. Está sentada y hace un ramillete con flores esparcidas en su

falda. La luz que cae, ilumina su mejilla izquierda; el cuerpo queda en la sombra. Se aburre. Un enervamiento vago, un no sabe qué descontento, una opresión que quisiera rechazar, una angustia, semejante á la que la destroza á veces al despertar, la torturan. Y sólo el sentir, un momento, la presión del codo en la rodilla, la conmueve hasta hacerla levantarse del sillón en que está tendida. Recorre su habitación sin quitarse el sombrero de campo. La muselina de su vestido con su escaso roce, la llena de languidez, el deslizarse del tejido leve sobre su carne redonda y clara, la inquieta.

¡Qué hermosa está así Almaida de Etremont! Sus ojos cercados de sombra, en la sombra, su palidez fundida á la luz que desfallece, su andar potente y gracioso, que la hace, á cada paso, girar sobre sí misma, revelan bastante el origen materno, la sangre tomada del sol de granadas ardientes.

Deja el ramillete sobre la cómoda combada, luciente de aplicaciones cobrizas, y descolgando una guitarra de la pared, arranca de ella algunos

acordes. Así, sentada, cruzadas las piernas, tendida una muñeca nerviosa sobre el mastil de la caja sonora, cuyas cuerdas sordas puntea, Almaida se pone á cantar.

Por la ventana, su mirar se sumerge en la noche azul que se levanta y cubre el estanque de esplendor. Los murciélagos, amigos de los graneros carcomidos, giran, titubean, chirrian, chocan y se escurren en el aire líquido. Semejantes á humaredas negras, las ramas frondosas de las encinas se rizan en el cielo nocturno que, por cima de la alameda tenebrosa, parece correr como río de nácar.

La guitarra resbala á los pies de Almaida. Atrás la cabeza, pendientes los brazos, perdida la mirada, movibles las aletas de la nariz, se estremece un instante. Porque ha creído ver, visión rápida, en el resplandor de la luna que se levanta y tiembla como un arroyuelo, pararse un cabrero adolescente que tiende hácia ella, riente, las bayas de madroño de su torso.





### III

**C**ON el alba, se despierta Almaida en la alcoba que le destinaron en la quinta de los Percival. Es la sexta boda á que va á asistir desde que salió del convento, y se entristece al pensar que todavía no es ella la que hoy ha de dar su corazón y su mano al novio tanto tiempo esperado.

... Sin embargo, hubiera sido justo que yo me casara antes que Leonor. Tiene tres años menos que yo. Y además, soy hermosa... Pero nadie va á pedirme, nadie se interesa por mí, mi tío no quiere ver á nadie... Sufro. ¿Por qué el vestido que está allí y he de ponerme no es el de desposada?... Me da pena asistir á esta

boda. No tendré gana. No bailaré. Me aburre... Si yo hubiese conocido á su novio antes de que ella le conociese, me hubiera escogido á mí del mismo modo... ¿Por qué no? Las cosas, en el mundo, se hacen por casualidad, pero yo no tengo suerte... Y luego, dicen que ella es muy rica y que yo tengo poca fortuna... Y mi padre ha muerto en un hospital de alienados... ¿Sin embargo, yo no estoy loca?... La que tiene un tío como el que yo tengo, no se casa fácilmente... La que no es bastante rica, no se casa. Asiste á la dicha de los demás. Es una tontería. Es fastidioso y triste... Saldrán para España. Mi madre era de España, y yo soy quien debía salir para España, casada. Se detendrán en Fuenterrabia, me ha dicho ella. Yo conozco Fuenterrabia. Dormirán juntos. Yo tengo gana de dormir con alguien. Oirán el ruido del mar. Es azul y brilla en el cielo. Harán todo lo que quieran. Irán á esconderse en cualquier posada donde habrá arrieros. Las muchachas tendrán flores de granado en el pelo. Habrá alelies sobre la espesa tapia del jardín. Leonor irá al valle verde.

Se acostarán en el musgo... Este lecho es fastidioso. Tengo que levantarme.

Un rumor llena ya la quinta. ¡Qué alegre es el día! El cielo todo no es más que una vincapervinca fresca. En su corola está encerrado el césped. ¡Oh luz más clara que la lluvia! ¡Oh frondosidades lejanas! ¿Por qué hacéis ensombrecer más que de costumbre el alma de Almaida de Etremont?

Se sienta en su lecho antes de bajar, y contempla con un sentimiento de orgullo amargo la perfecta redondez de sus brazos. La negra luz de su mirada los acaricia. Respira su olor algo selvático y de súbito se le hincha el pecho en sollozos.

¡Qué hermosa está, una vez vestida! En su enorme vestido rosa, de color de higo abierto, abombado por la crinolina, parece una corola invertida, una belladona de fuego puesta en pie sobre sus estambres. La espalda morena brota del corpiño, envaina como en un cáliz la base de esta flor loca. Y diríase que, á cada paso que da Almaida en la habitación, sobre la punta de sus

botinas sonrosadas, va á saltar desnuda de los pétalos ardientes.

Entretanto, la campana nupcial solloza en el aire angélico, y pesadas carrozas ruedan en el patio. Son las familias de los alrededores que llegan. Aquí estan los de Limereuil. Aquí los de Dernonville. Aquí el anciano marqués de Astin que tiembla y cojea con su pierna de palo, apoyándose en su amigo de Ellébeuse. Llama siempre la atención la hermosura de sus cabellos blancos. Ha dejado, por excepción, el sillón de cuero en que traduce *la Eneida* y en donde se acuerda del imperio chino que visitó. Se dice que trágicas aventuras trastornaron su vida y que, en el crepúsculo de su destino, se prepara, como Robinsón de vuelta de su isla, á abordar pacíficamente á la Comarca de Dios. Desde la ventana en que está, Almaida le ve pasar. Distingue su perfil enérgico y la arruga de dolor que acuchilla la faz del viejo. Dos claras adolescentes, al pie de la escalinata, le hacen una grave reverencia. El las saluda sin sonreírles.

El galopar de numerosos caballos rueda sobre las guijas. Son los aldea-

nos jóvenes del valle que vienen á saludar á la novia. Le traen una dulce ternera coronada de yedra. Y además, vestidas de blanco, sostienen una jaula de mimbres en la que se amedrentandós tórtolas. La alameda está cubierta de laurel, de boj y de espadas de iris. Y la campana, á la que responden de súbito las dos palomas, arrulla constantemente en la mañana inmaterial. Y voces de adolescentes, más ligeras que rosas silvestres, se deslizan á los ecos de la casa. Se han despertado muy de mañana, en el dormitorio improvisado para ellas, junto al cuarto de la novia, risueñas y levantando sus delgados brazos desnudos hácia sus cabellos dormidos aun.

Pronto se forma el cortejo. La novia aparece y vacila. Es como una azucena adornada por otras flores. Lilas blancas mezcladas con corolas de azahar, coronan sus bandós alisados y negros de los que cae un velo tan ligero que se azula como el ala de un mosquito. Tiene las pestañas bajas, pestañas que baten como mariposas negras, posadas en el iris de color de genciana oscura. El óvalo

del rostro se ha alargado, casi con exceso; y la nariz, tan delgada que inquieta un poco, tan ligero es el soplo vital que la anima, tan acentuada es su curvatura sobre los labios repulgados y pálidos. Como de un lirio de los valles, lo alto de los hombros brota de un gorguerillo de encaje. Y fuera de la amplia bocamanga adornada con cintas, la mano, de rara pequeñez, se posa, algo crispada, en el brazo paterno.

Almaida de Etremont besa á Leonor, y luego, después de contestar al saludo del señor de Landelaye, el futuro esposo, se coge al brazo del señor de Soulère, que ha de acompañarla. La elección de caballero no le satisface más que á medias. Es viudo y goza de la reputación de hablar mucho de sí mismo, á propósito de cosas poco interesantes... Mejor hubiera figurado en los *caracteres* de La Bruyère, se dice Almaida, que aquí... Le dejaré hablar.

Todos van á pie hacia la iglesia, por entre los setos rojos de zarzas. La canícula pesa. Todo calla. Sólo, un momento, en una zanja herbosa y húmeda, croa una rana.

En la nave se esparce la luz en luengas rayas coloreadas por las vidrieras, y la cola del traje de novia, desplegada sobre la frescura de las losas, se reviste así de arcoiris. La capilla es parecida á un panal de miel rumoroso cuando en él gira el pueblo activo de las abejas. Un perfume de bosque, de incienso y de angélica, encanta el sagrado asilo. El gemir de un armonio pequeño se propaga, se despliega bajo la bóveda, conmueve á las almas recogidas.

Almaida de Etremont, de hinojos, con la faz entre las manos, parece que reza: pero no busca en tal actitud más que un medio de aislarse, de dejar entrar en su corazón algo de la paz que nace del silencio que se hace dentro de sí mismo. Así, está encantadora: diríase que, distendido por la genuflexión, el cuerpo va á romper su corteza y á desprenderse como fruto maduro, pesadamente, de las palmas de la cabellera.

Pronto Almaida levanta la cabeza y ve, transparente en un vitral, á San Juan Bautista, niño, vestido con pieles de animales y en pie junto á un arroyo. Piensa entonces en Gui-

Hermin, que es pastor también y que vadea los ríos:

... ¡Bienaventurado el tiempo aquel en que amos y criados no formaban más que una familia!... Era la edad de oro, piensa. Ruth espigaba cerca de Booz que se casaba con ella. Sangraban las amapolas entre la sombra de las gavillas. Un licor pesado henchía los racimos violáceos de Canaan... Las mujeres parían á la sombra de los dromedarios. Los jefes jóvenes de la tribu oraban en el desierto.

... ¡Oh Dios mío! dice para sí Almáida de Etremon... Dios mío, escuchadme, *quiero* amar, estoy tan triste... Soy tan desgraciada... Dios mío, necesito amar á alguien... A vos imploro...

Pero nada contesta á la muchacha, sino el harmonio pequeño que continua su nota débil semejante á la voz del viento vespertino sobre las aguas.

El cortejo se vuelve á formar y la iglesia se vacía. Y el perfume del verdor marchito ya, es más fuerte al sol de mediodía. Han puesto dos mesas en la troje, cuyas tapias están

tapizadas de hojas. Para una de ellas se ha convidado á los aldeanos del pueblo. El almuerzo ha empezado. Los rumores del día se consumen, fuera. La puerta está cerrada. No se oye más que el ruido ligero de los tenedores sobre la loza. La sombra riega la paz de las almas. El señor de Astin se levanta y dice:

—Me es grato, mi querida niña, mi buena Leonor, meditar sobre vuestra felicidad cuando el sol va á salir muy pronto para mí en el continente de las Sombras. Soy como el peregrino que, al volver á su pueblo natal, otra cosa no pide, sino descansar pronto en paz bajo la hermosa encina que sombrea el sepulcro de sus antepasados. Soy semejante á Ulises que, de vuelta en su hogar, se complace en el recuerdo del mar tempestuoso y de los combates. Soy como un olmo casi centenario que se goza en cobijar con sus últimas hojas el hechicero nido de vuestras juventudes y de vuestras gracias.

Al salir de las andanzas diversas que guiaron mi caminar aventurero de las playas del Imperio



Chino á las riberas de la nebulosa Albión, mis ojos se fijan en el cielo, confiando en la estrella divina que supo encaminar á sus destinos así á los Magos Caldeos como al Navegante de Génova.

¡Cuántos estios tempestuosos han señalado mi faz con arrugas imborrables! ¡Cuántas escarchas han dejado en mi frente algo de la nieve eterna que me advierte que debo llegar pronto á las primeras cumbres de otro Imperio Celestial!

Mi querida niña, ya estáis para siempre al lado del caballero que habéis escogido. Su distinción os hará altiva y su bondad feliz. Y Dios os bendecirá en vuestra descendencia.

¡Ay! amigos míos ¡por qué no hice lo que vosotros! El Creador, bajo las frutas de oro del Paraíso terrenal, quiso para el hombre una compañera. Permitid á un viejo que va á bajar al sepulcro, lamentarse de la soledad interior de su vida.

¡Ciertamente, el viajar es hermoso! Es interesante el vestir el traje de los principales de una ciudad Mongólica, el penetrar, disfr-

zando de lama, en un jardín, para volver de tal expedición con una pierna de palo. Es agradable el estudiar astronomía en compañía de los Padres Jesuitas de Pekín, y el asistir en un pueblo delicado, á las fiestas de la cuarta luna!

... ¡Pero cuánto más hermosa la existencia del que haya vivido, según el Señor, y muera, como el labrador del Fabulista, con las manos entre las de sus hijos!

Amigos míos, dejad, antes de que mi voz se extinga, que os confíe el talismán que traje de mis peregrinaciones. Acaso os preserve de algunos peligros: No viváis demasiado en el ensueño; engendra la melancolía. Conoció una joven tártara que, como la Bella del Bosque durmiente, se dejó hechizar por los sueños, de tal modo que, al cabo de siete años de sueño, murió del pesar de haber despertado.

Vacad á las atenciones del gobierno de la casa. Criad pájaros. Cultivad plantas útiles. Visitad á los pobres del país. Dad á los hijos é hijas que os nazcan, el amor á la verdad y á la naturaleza, porque en la obra

del Creador es en donde residen nuestras alegrías y nuestros consuelos.

Ahora, hijos míos, os digo adiós. No dejo de contemplar sin emoción, por última vez indudablemente, las avenidas de este parque, bajo las que, hace setenta y cinco años, desposáronse sombras queridas. Pero tampoco sin dulzura, después de tribulaciones sin cuento, aspiro al eterno descanso, demasiado feliz porque el omnipotente me haya hecho todavía la gracia de ver renacer en vosotros un pasado querido.

Acabado su discurso, el señor de Astin se vuelve á sentar penosamente. Un silencio respetuoso, seguido de aplausos, acoge estas elocuentes palabras. Al lado del orador una forma negra se estremece. Es la anciana señora de Etanges, la abuela de la pobre Clara de Ellébeuse, que solloza en sus manos llenas de venas, y nudosas. Y, de repente, con un ademán encantador y doloroso, conservando una de sus manos ante los ojos, tiende la otra á su viejo amigo de Astin, que le besa los dedos en donde parece que lloran las sortijas antiguas.

Y Almaida de Etremont, hermosa como la noche con su vestido ardiente, dice para sí mirando al viejo caballero que levanta su copa temblando:

—¡Qué bien está!... Me gusta más que el novio...

Con gran alegría de Almaida, terminado el almuerzo, el señor de Astin se le aproxima:

—Hace mucho tiempo que no os he visto, hermosa niña... Me muevo tan poco... ¿Qué tal, vuestro tío? ¿Siempre con sus manías? ¡Vaya!... ¡Ah, vuestra madre querida, vuestro padre, qué amables eran! ¿Cómo no os casáis, con lo bonita que soís? No os ruboricéis... ¡Ah! ¿Sí? Ya caigo... ¿El tío?... Me lo temía...

De todos modos—concluye el señor de Astin, sonriente—todo no es eterno... Las granadas se han hecho para que las cojan. Y si el Argos de vuestro tío guarda el árbol demasiado, se las robarán, querida mía... Y siento en verdad no ser mucho más joven... Vamos á ver... ¿Os aburrís allá? ¿No salís nunca? ¿Cuándo me venís á ver?... Los martes van amigos nuestros, ¿vendréis?

Almaida responde:

—Sois muy bueno, señor de Astin... Yo bien quisiera, pero no puedo. Mi tío, aunque me ve poco, no puede sufrir que me ausente de las Aldudes para hacer visitas... Hoy, el permiso es excepcional... Gracias, señor de Astin, gracias...

—¡Bueno, hija mía!—replica el caballero medio en broma, medio entristecido,—ofrezco á vuestro tío la encina más hermosa de mis bosques para su ataúd!

Dice esto en pie, encorvado sobre su bastón, con una mueca burlona al modo del señor de Voltaire. Pero una gran bondad se filtra de sus ojos, aunque parezca divertirse el azoramiento que produce á la muchacha que se ruboriza. La contempla con el escepticismo indulgente de un anciano digno, que guarda el culto de la hermosura, pero que tiene una sonrisa de temor enternecido para las ilusiones juveniles.



## IV

**A**LGUNOS días después de la boda de Leonor, cuando Almaida de Etremont se dirige hacia el río que riega el bosque de las Aldudes, encuéntrase, no lejos de la orilla, en un espeso matorral, con Guillermin, que toca la flauta.

Se detiene y le sonríe:

—¿Es muy difícil silbar así?

Coge el triángulo de boj y con sus labios ardientes roza el borde.

—No, así no, señorita. Hay que hacer deslizarse la flauta de izquierda á derecha y luego de derecha á izquierda, y soplar junto á los doce agujeros.

La tarde tiembla dulcemente al recuerdo de un chaparrón que pasa